

Artículos	Página
Ganar a Cristo	1
El Grito de Cristo Sufriente	2
Abraham, Amigo de Dios	5
La Doctrina de Cristo	8
Distinciones de la Asamblea	12

Ganar a Cristo

James Brown

Como cada uno de nosotros, santos de Dios, estábamos en un estado de perder nuestras almas, el más sabio ganador de almas de todos los tiempos (Proverbios 11:30) se reveló a nosotros en la salvación y así ganó nuestras almas para sí. Disfrutamos cantando el estribillo de una canción escrita en 1894 por Manie Ferguson:

*Ese Hombre del Calvario me ha ganado el corazón.
Ha muerto para liberarme;
Bendito Hombre del Calvario.*

Durante esos primeros días después de convertirnos a Cristo, todo parecía tan fresco y glorioso. La pesada carga del pecado y el temor a sus consecuencias que se nos había quitado nos otorgaba una ingravidez emocional en comparación con la pesadez de los anteriores problemas del alma. Pero con el tiempo, debido a los ataques imprevistos de Satanás, del mundo y de nuestros propios deseos naturales, empezamos a perder de vista a nuestro Redentor. Como la doncella sulamita en el Cantar de los Cantares 5:6, sentimos como si nuestro Amado se hubiera "retirado y se hubiera ido". Nuestra falta de experiencia con el Señor nos había cogido desprevenidos y nos había llevado a un estado de complaciente facilidad o incluso de desobediencia. Así que, en lugar de arrepentirnos reconociendo nuestro alejamiento, puede que hayamos expresado nuestro desconcierto lamentando Su marcha, utilizando las palabras de pánico de la doncella: "Lo busqué, pero no lo encontré. Le llamé, pero no me respondió". Nuestras plegarias quedaron sin respuesta, pues el techo parecía de latón. Puede que nos sintiéramos solos,

incluso que llegáramos a suponer que el Señor nos había abandonado a nuestra suerte. Y puede que, como castigo amoroso (Hebreos 12:6), se haya retirado temporalmente, ya que no habíamos considerado todas las cosas, incluida la gloria de nuestras victorias y logros pasados, como pérdida y estiércol (Filipenses 3:7-8). La gloria propia en presencia de Cristo no es gloria (1 Corintios 1:29 y Proverbios 25:27) y en vista de Gálatas 6:14, podemos estar seguros de que cuando nos gloriamos en nosotros mismos, no estamos glorificando ni ganando a Cristo.

En Filipenses 3:4-6, el humilde apóstol Pablo relata todas las cosas en las que podría depositar su confianza sobre sí mismo. Pero, como afirma en los versículos 7-8, esos son los mismos logros de los que necesitaba desprenderse para poder "ganar a Cristo". Con esta afirmación reconoce la posibilidad de perderlo a Él, no a su salvación, sino a Él, es decir, el conocimiento más pleno de Él y la identificación con Él. Pablo expresó preocupaciones legítimas sobre sí mismo (y así deberíamos hacerlo también nosotros) en el sentido de que era posible que él, o cualquiera, se convirtiera en "un naufrago" en cuanto a su servicio y testimonio para Dios (1 Corintios 9:27) o "naufragar en cuanto a la fe", (como se le dijo a Timoteo en 1 Tim. 1:19-20) en cuanto al error doctrinal. Estas preocupaciones fueron expresadas por Pablo en el espíritu de 1 Corintios 10:12, "el que piensa estar firme, mire que no caiga".

Enfrentado ahora a lo que significaba para Pablo, así como lo que debería ser para cada uno de nosotros, ganar a Cristo, se esfuerza por explicarlo en Filipenses 3:10-14. En el versículo 8, da una pista sobre la clave de este tipo de ganancia "la excelencia

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

del conocimiento de Jesucristo, mi Señor". En el versículo 8, da una pista de la clave de este tipo de conquista: "la excelencia del conocimiento de Jesucristo, mi Señor". Esto es más que un mero conocimiento mental en términos de asentimiento mental a hechos declarados. Se trata de un conocimiento experiencial único y de una profundización de nuestra relación con Cristo que pasa por varias etapas de desarrollo y madurez espiritual, como afirma Efesios 4:15, mediante las cuales "podemos crecer en Él". El versículo 9 de Filipenses 3 enlaza con los versículos 10-14, mostrando que la fe es el medio por el que todo ha de ser aprehendido.

En Filipenses 3:10, Pablo afirma una vez más que su deseo número uno es "conocerle". En ese mismo versículo, declara dos cosas que es imperativo que conozca: 1) el poder de Su resurrección y 2) la comunión de Sus sufrimientos. Watchman Nee, en su libro "El Cantar de los Cantares", afirma que estos dos "conocimientos" que Pablo busca, dependen en primer lugar del establecimiento inicial de la relación con Cristo a través de la conversión, seguido de un conocimiento cada vez más profundo, el poder de Su resurrección, y aún más profundo, conocer (por experiencia) la comunión de Sus sufrimientos. Pablo se deleitó en volver a contar su experiencia de Hechos 9 en el camino de Damasco, cuando Cristo se reveló a Pablo. Pablo se considera bendecido por haber nacido fuera de tiempo (1 Corintios 15:8-10) al haber conocido al Señor Jesús después de Su resurrección y ascensión al cielo. Escribe a menudo sobre "la novedad de la vida" (2 Corintios 5:17) y la muerte del viejo hombre, vistiéndose del nuevo (Efesios 4:22-24 y Romanos 6:1-11) enfatizando la importancia de reconocer que nuestra nueva vida nos es concedida en el lado de la resurrección del gran sacrificio de Cristo por el pecado, y como tal, debemos disfrutar de todos los muchos beneficios espirituales con los que hemos sido cargados, que se enumeran en todo el primer capítulo de Efesios.

En cuanto a su comprensión de todo esto, Pablo admite que todavía no ha comprendido estos asuntos de una manera perfecta, pero se extiende (v. 13) y se esfuerza (v. 14) por alcanzar la elevada marca del llamamiento de Dios, que es aumentar su comprensión tanto del poder de la resurrección de Cristo como de la entrada en la comunión de Sus sufrimientos. Note que todo lo que pertenece al poder de la resurrección de su Señor involucra tantas bendiciones: paz con Dios, aceptación en el Amado, tan grande salvación del poder y penalidad del pecado con la seguridad de los pecados perdonados, un hogar en el cielo esperando, ser parte de un sacerdocio santo y real, la morada del Espíritu Santo con Su fruto 9 veces mayor para ser desplegado en la vida del creyente y mucho más. Todo es positivo para el creyente.

Pero hay otro lado en este asunto de ganar a Cristo y viene con un costo: la comunión de Sus sufrimientos. ¿Es posible, queridos hermanos, que conozcamos a Cristo sobre la base de Su sacrificio e incluso avancemos hasta cierto nivel de cruzar el río Jordán hacia Gilgal en nuestra experiencia para disfrutar algo, pero probablemente no todo, de lo que Dios ha provisto para nosotros? Dios no quiera que nos conformemos con permanecer en el lado desierto del Jordán para estancarnos cómodamente con Rubén, Gad y la media tribu de Manasés. Si vinculamos el cruce del Jordán con la aprehensión personal del poder de la resurrección del Señor, ¿estamos dispuestos, una vez allí, a progresar hacia la llamada aún más elevada del discipulado, que implica sufrir por el homónimo de nuestro Señor? El Señor describe lo que esto significa en Lucas 9:23: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". También, "Si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello" (1 Pedro 4:16). Ciertamente, Pablo sabía lo que significaba sufrir como cristiano (Lee 2 Corintios 11:23-28). ¿Lo sabemos nosotros? Esta justa pregunta no nos la hace a todos el que escribe este artículo, sino Aquel a quien esperamos ganar. Que cada uno de nosotros se encuentre, en alguna medida hoy y por el resto de nuestro corto viaje terrenal, "ganando a Cristo". Él merece que alcancemos y nos esforcemos por alcanzar esa marca tan alta.

El Grito de Cristo Sufriente

W. J. Hocking

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿por qué estás lejos de mi salvación, de las palabras de mi gemido? Dios mío, clamo de día, y no respondes; y de noche, y no hay descanso para mí; y tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel" (Salmo 22:1-3)

En el Salmo 22 tenemos una de las muchas profecías del Antiguo Testamento que se refieren directamente a nuestro Señor Jesucristo. Ésta, sin embargo, se distingue de las demás porque predice hechos relativos a Sus sufrimientos únicos e insondables que no se encuentran en otras predicciones. Aquí los tenemos en toda su sencilla, solemne y patética dulzura de labios del propio Santo Sufriente.

Tres Destacados Salmos Mesiánicos

Muchos Salmos dan vislumbres del Ungido de Jehová que había de venir, pero tres de ellos destacan entre el resto por los vívidos detalles de Sus sufrimientos que dan a conocer de antemano. Además del Salmo 22,

están el Salmo 69 y el Salmo 102. Los tres predicen con palabras de canto el asombroso camino de la Esperanza de Israel de la que se burlaban todos los que le veían y el Salvador de los hombres sin un lugar donde reclinar la cabeza. Cada uno de los tres Salmos presenta su propia fase particular de los sufrimientos de Cristo, seguida de su apropiada secuela, pero el que toca más profundamente nuestro afecto y devoción es el Salmo 22.

El tema del Salmo 69 son los sufrimientos del Señor Jesucristo mientras soportaba impávido el oprobio de Jehová frente a los que le odiaban sin causa.

Altos y bajos eran Sus enemigos. Los que se sentaban en la puerta hablaban contra Él, y Él era la canción de los borrachos. "Sálvame, oh Dios", clamó, "porque las aguas han entrado en mi alma". Jehová escuchó y respondió, como muestra la última parte del Salmo. Dios traerá un justo y abrumador castigo sobre la impía generación que rechazó y crucificó a su Mesías. Los sufrimientos causados por la enemistad del hombre son seguidos por el justo juicio de los que causaron esos sufrimientos.

El Salmo 22 tiene un marco diferente y su tema es único. Aquí, aunque los sufrimientos descritos son mucho más profundos y conmovedores, el resultado para el hombre no es judicial sino misericordioso. Ni una palabra se titula sobre la ira y el juicio para el hombre. De hecho, casi se podría decir que el Salmo xxii. es la aproximación más cercana en el Antiguo Testamento a la revelación de la gracia sobreabundante de Dios en el Nuevo. En lugar de rayos de ira de Dios cayendo sobre los que maltrataron al Mesías, el Salmo termina con alabanzas a Dios por parte de toda la humanidad. Los sufrimientos de Cristo producirán lo que el mundo entero nunca ha rendido a Dios: alabanza unida y universal. Ahora bien, hay alabanzas de unos pocos aquí y unos pocos allá; pero el Salmo contempla un tiempo en el que todo el mundo se regocijará en Dios y le dará lo que se debe a Su nombre, dándole, de hecho, lo que la lengua del hombre fue diseñada para rendir: alabanza inteligente y sincera. Y "en aquel día" todos los "linajes de las naciones" adorarán ante Jehová de Israel como consecuencia de los sufrimientos de Cristo que se exponen en el monólogo profético de este Salmo.

El Salmo 102 celebra también los sufrimientos de Cristo. En él se presenta al Mesías en su humillación entre y por los hombres y en su invariable actitud de mansa y humilde sumisión a lo que fuera la voluntad de Dios. El Salmo se llama "la oración del afligido cuando se siente abrumado". En Su infinita grandeza, Cristo "se despojó a Sí mismo" y tomó obedientemente el lugar del pobre en un mundo de autosuficiencia y autoexaltación. Fue abandonado de los hombres, y dejado para llorar "como un gorrión solo en el terrado". En su angustia, el Mesías clamó: "¡Oh Dios mío!",

deseando que no fuera arrebatado en medio de sus días. Entonces Jehová vindica a su Hijo sufriente y desterrado (vers. 24-27). Aunque se acortaran los días de su humillación, ¿no era Él el Creador de la tierra y de los cielos? Toda la creación perece, pero el Mesías permanece inmutable continuamente, el Mismo "ayer y hoy y por los siglos". Así, la oración del afligido es respondida por un testigo divino de la gloria intrínseca de Su persona; y el pasaje se cita en Heb. i. 10-12 como testimonio culminante de la gloria del Hijo eterno, por Quien Dios habló a los hombres en los días del Nuevo Testamento.

Sufrimientos y Alabanzas

En el Salmo 22, sin embargo, los sufrimientos de Cristo proceden de Dios. El abandono por parte de Dios se expresa en las estrofas iniciales y proporciona la clave de todo el Salmo. La ferocidad de los hombres aparece como en otros Salmos, pero el abandono del Mesías de Israel por el Santo de Israel es, como debe ser necesariamente, el rasgo predominante de la profecía. Además, es el propio Santo Sufriente quien confiesa que ha sido abandonado por su Dios. El que lo sufrió lo describe. Él es, de hecho, el Orador a lo largo de este Salmo. Y así como registra Sus propios sufrimientos, así declara las alabanzas a Dios que siguen como su efecto. Aprendemos que una vez cumplida la propiciación o expiación, la tierra, a su debido tiempo, se llenará de alabanzas a Dios.

Recordarán cuán bellamente se describe esta combinación de propiciación y alabanza en Levítico 16 mediante la sangre y el incienso. Allí la gran obra de la expiación de Cristo se muestra en tipo. La sangre del becerro y del macho cabrío se lleva del atrio del tabernáculo al lugar santísimo y se rocía allí sobre y ante el propiciatorio. Aarón entra en el lugar santísimo donde la presencia de Jehová descansa entronizada sobre el propiciatorio con sangre e incienso. La aspersión de la sangre del sacrificio en la forma requerida va acompañada de los fragantes humos que se elevan del incienso ardiente y proporcionan un dulce olor a Aquel que está sentado entre los querubines. Así, el tipo ilustra cómo el incienso de alabanza está íntimamente asociado con la propiciación que Cristo hizo por nuestros pecados. Su obra expiatoria es la base permanente de la adoración del creyente ahora, y del homenaje de todos los hombres en el día y reino mileniales.

Como se nos recuerda, el Padre "busca" adoradores; y si somos creyentes en el Señor Jesucristo, hemos sido constituidos adoradores sobre la base de la obra propiciatoria del Señor Jesús, y el Padre busca que le adoremos como tenemos derecho a hacerlo. Entonces, ¿qué podemos ofrecer a Dios Padre que sea aceptable? ¿Traeremos alguna ofrenda material en nuestras manos? ¿Traeremos algo en nuestros corazones que surja de nuestros propios

afectos y esfuerzos naturales? Seguramente sabes que no podemos encontrar nada en nosotros mismos que sea digno de Su aceptación.

¿Dónde, pues, encontraremos, como adoradores, lo que con seguridad es agradable a Dios Padre? Todo lo que concierne al Hijo, el Señor Jesucristo, es agradable al Padre. Y si un tema concerniente a Él es más aceptable que otro, es el que se relaciona con Sus sufrimientos y muerte, por medio de los cuales "Dios fue glorificado en Él". Como adoradores, por lo tanto, necesitamos tener en nuestros corazones un claro sentido de la vasta obra de expiación realizada en la cruz cuando Él, el bendito Hijo de Dios, Quien no conoció pecado, fue "hecho pecado por nosotros" por Dios (2 Corintios 5:21).

La Escritura se refiere a menudo a la expiación de Cristo con palabras fáciles que incluso un niño podría recitar, pero ¡cuán profundo e insondable es su significado! Son, sin embargo, para que meditemos en ellas continuamente, permitiendo que el Espíritu Santo desarrolle y amplíe su significado e implicación ante nuestros ojos, de modo que nuestros corazones puedan prorrumpir en cantos de alabanza más dignos al recordar que el santo, perfecto y sin pecado Hijo de Dios fue "hecho pecado por nosotros" por Dios en la cruz. No podemos entender completamente la profunda doctrina, ni necesitamos hacerlo para adorar a Dios. Pero cuando estamos ante Dios en "el más santo de todos" y recordamos que la muerte de Cristo es el Acontecimiento más notable en la historia del mundo y que algo fue hecho allí y entonces de valor inconmensurable y que no requiere repetición, entonces cantos de alabanza incontenible se hincharán dentro de nosotros. El incienso de la alabanza aceptable ascenderá hasta el trono eterno.

Tengamos bien presente que en este Salmo oímos las palabras de Cristo mismo dirigidas a Dios. La mayoría de nosotros estamos familiarizados con el amargo grito que forma el primer plano del Salmo y proporciona la nota clave de su tema dominante. Leemos: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Aquí las patéticas palabras son proféticas. En los Evangelios se encuentran históricamente. Mateo y Marcos registran que el Señor las pronunció en la cruz. En las profundidades de Su angustia, el Señor usó las palabras, teniendo el más pleno sentido de su profundo significado y también el conocimiento de que las profecías del Salmo xxii. se estaban cumpliendo en Él mismo. En el momento oportuno había aparecido en el mundo para la expiación del pecado mediante el sacrificio de Sí mismo. En esta obra, el Bendito estaba solo, abandonado de Dios. Él mismo proclamó esta terrible experiencia para que quien quisiera escuchara: "Elí, Elí, ¿lama sabactani?". Como tantas veces, los que escucharon no entendieron Su discurso. Dijeron: "A ver si viene Elías a salvarle". Que este crucificado se

dirigiera así a Dios en el cielo estaba más allá de su comprensión. El hecho es que ahí reside la verdad central de la propiciación que Cristo hizo por nuestros pecados y por el mundo entero.

Esta ocasión es, creo, la primera vez que leemos en los Evangelios que nuestro Señor utiliza las palabras "Dios mío" al dirigirse a Él. El Hijo estaba constantemente en comunión con el Padre, escuchando Su palabra y cumpliendo Sus mandamientos. Al conversar con su Padre, leemos que respondió diciendo: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te ha agradado" (Mateo 11:25, 26).

Esta comunión del Hijo con el Padre fue ininterrumpida, no sólo durante su ministerio público, cuando predicaba el Evangelio a los pobres, curaba a los enfermos y realizaba sus multitudinarias obras de misericordia entre los hombres, sino también, como recordaréis, durante aquella solemne medianoche en Getsemaní. Allí estaba el Señor solo, separado de sus discípulos, postrado en tierra, y su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta el suelo. Sin embargo, en esta agonía anticipada, el Bendito no estaba del todo solo. Como dijo a Sus discípulos aquella misma noche, "Me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Juan 16:32). A lo largo de Su "fuerte clamor y lágrimas", la comunión con el Padre fue ininterrumpida. "Abba, Padre", clamó. "Oh Padre mío, si es posible...". "Padre mío, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". Sabiendo plenamente lo que la voluntad del Padre había decretado para el día siguiente, el Hijo obediente consintió en Getsemaní como siempre había hecho. "La copa que mi Padre me ha dado, ¿no la beberé?".

Pero aquí el Señor habla desde la cruz. Ahora no es "Padre mío" como en el huerto, sino "Dios mío". Ha surgido la cuestión del pecado, y Dios, que es Juez de todos, es el nombre apropiado para dirigirse a él. Dios es el justo gobernador del mundo. Su naturaleza se opone al pecado, y Su esencia exige el castigo del pecado. No puede haber comunión entre la santidad y la impiedad, entre la luz y las tinieblas. Y allí, Aquel que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros. En la conciencia de cargar con el pecado, y de ser "hecho maldición por nosotros", exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Así nuestro Señor en medio de Su sufrimiento por el pecado se confesó abandonado por Su Dios, pero aún así se dirigió a Él como "Mi Dios". Esta relación de Jesús subsistió desde Su más tierna infancia. En este mismo Salmo, declara: "Tú eres mi Dios desde el vientre de mi madre" (ver. 10) Desde el pesebre de Belén en adelante, Él, el Hombre perfecto y bendito, reconoció a Dios como Aquel a Quien obedecía y de Quien dependía. Pero aquí era un

tiempo de oscuridad de mediodía, y había una diferencia inconmensurable. Su Dios, en quien confiaba, lo había abandonado, y ¿por qué?

Cristo había venido al mundo para tomar el lugar de los impíos e injustos bajo el juicio del Dios Justo y Santo. Él mismo era el Santo. "El Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios", dijo el ángel a María (Lucas 1:35). Los mismos demonios de Cafarnaúm le dijeron: "Yo te conozco: el Santo de Dios". ¿Y qué acusación hizo Pedro contra los judíos después de Pentecostés? "Vosotros negasteis al Santo y al Justo" (Hechos 3:14). Era el hecho de que el Señor Jesús había sido presentado a Su pueblo como el Santo. Y cuando el apóstol se refirió a la resurrección de Jesús (Hechos 2:27), citando el Salmo 16:10, dijo: "Ni permitirás que tu Santo vea corrupción".

Pero aquí Cristo, el Santo, reconoce a su Dios como el Santo: "Oh Dios mío, clamo de día, pero Tú no oyes . . . pero Tú eres santo, oh Tú que habitas las alabanzas de Israel". ¿Cuál es la explicación? El Santo era el portador del pecado. El Justo estuvo en el lugar del injusto. "Él llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo sobre el madero". ¡Oh, la más profunda de todas las profundidades! ¡Oh, el más profundo de todos los misterios desentrañados! El corazón humano se detiene en silencioso asombro ante el velo impenetrable que oculta para siempre la mirada mortal del Salvador en aquella hora terrible. Sólo uno estuvo allí en la oscuridad y en la sombra de la muerte. Sólo Él puede hablar de ello. Él ha hablado. Sus palabras están ante nosotros. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

No podemos entender este grito de angustia arrancado del corazón de Cristo, ni comprender su significado. Aparte de su interpretación, sin embargo, poseemos la verdad y la bendición del hecho a través de la ministración del Espíritu Santo. Nuestra fe se aferra a esta conmovedora expresión del Cristo sufriente. Nos habla del precio pagado por nuestra redención. Mide para nosotros el valor del sacrificio hecho en la cruz por nuestros pecados y por la gloria de Dios con respecto a ellos. El Santo Cristo fue abandonado por el Santo Dios.

Por tanto, entre más meditamos en este gran clamor en la presencia del Señor de cuyos labios salió, más aprendemos de Su obra expiatoria. Entonces estaba donde nunca antes había estado: bajo el peso de nuestra culpa y de la ira de Dios contra ella. Durante Su vida de ministerio, no cargó con nuestros pecados, como algunos imaginan erróneamente. Fue en el madero donde llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo, como nos dice Pedro. Allí sufrió por nosotros, por nuestro perdón, por nuestra redención, para que pudiéramos ser llevados a Dios, para que las bendiciones de Dios en toda su plenitud fluyeran sin obstáculos en nuestras almas.

Pero hay otro aspecto de la obra de expiación que nunca debemos olvidar. A causa del pecado del hombre, la gloria de Dios estaba en juego. El atributo eterno de justicia de Dios estaba en tela de juicio. ¿Era Dios el Santo que aborrecía el pecado, o el que favorecía el pecado y pasaba por alto su castigo? El Señor Jesús dio la respuesta en su persona, y en la cruz sostuvo la inmutable santidad de Dios. Allí declaró a los oídos del universo: "Tú eres santo, oh Tú que habitas las alabanzas de Israel", dando testimonio de esa santidad mediante la confesión de su propio abandono.

El Santo Sufriente había sido hecho pecado y fue abandonado, dejado solo a causa de ello. En su agonía, Cristo llamó en voz alta a su Dios. "Dios mío, Dios mío", dijo. La repetición significa mucho: emoción profunda, necesidad apremiante. Cuando Abraham estaba ante el altar donde yacía Isaac atado, sosteniendo en alto el cuchillo para matar a su único hijo, el ángel de Jehová llamó: Abraham, Abraham. Dos veces el nombre del padre fue invocado desde el cielo. Era urgente que el patriarca escuchara. No debía perder ni un instante. Más urgente aún era el clamor del bendito Señor. Estaba en las profundidades de su angustia, sumergido bajo las olas de la ira divina contra el pecado; y el grito resonó en el desolado desierto: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?".

Estas son las palabras del amado Hijo de Dios, el Unigénito del Padre, Dios manifestado en carne. Meditémoslas y meditémoslas una y otra vez. Dejemos que penetren en lo más íntimo de nuestra alma. Esto purifica el espíritu e ilumina el corazón. Contemplamos nuevas visiones de la grandeza de la gracia de Dios, y nos gloriamos cada vez más en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Vemos cada vez más la luz y el amor de Dios en Aquel que permaneció solo en aquel terrible lugar de tinieblas y maldición. Y adoramos con más fervor a Aquel que amó y soportó hasta el final, sin perder nunca el contacto con su Dios, ni siquiera cuando fue abandonado por Él, llamándole "Mi Dios" en la confianza de que sería escuchado por su piedad (Heb. 5:7).

Abraham: el Amigo de Dios

Alan Davidson

Dios le llamó "Abraham, mi amigo" (Isaías 41:8). Leemos que "Yahveh se le apareció" siete veces. Tales eran las condiciones de su hogar que el Señor podía acercarse a él mientras "se sentaba a la puerta de la tienda" (Génesis 18:1). "Dijo Jehová: ¿He de ocultar a Abraham lo que hago?". (Génesis 18:17). Un amigo es aquel con quien podemos compartir secretos íntimos, revelar propósitos, disfrutar de cercanía y

caminar a su lado sabiendo que es confiable. El conocimiento de Dios, y no la ostentación de dones, es esencial para el camino de la fe. El altar, la tienda y el pozo eran características de la vida del patriarca peregrino en su comunión con Dios.

EL CAMINO DE LA FE

"Por la fe Abraham, cuando fue llamado a salir a un lugar que después recibiría como herencia, obedeció; y salió sin saber a dónde iba" (Hebreos 11:8). Dejó "Ur de los caldeos". Dejó a Hur, el dios de la luna; miró a las "estrellas". Cruzó el Éufrates; sus descendientes debían ser como "arenas del mar". Hombre de visión clara, leemos seis veces que "Alzó los ojos y miró". Habitó en una tienda; "Buscó una ciudad con cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (Hebreos 11:10).

El Señor nos enseñó que: "No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo" (Juan 17:14). Vivimos en este mundo pero no somos parte de él, estamos de paso como extranjeros y peregrinos. Debemos abandonar el mundo, no mejorarlo. Debemos abandonarlo, no repararlo. La mundanidad es un gran obstáculo para el progreso espiritual.

A menudo se ha señalado que:

Abraham fue *obstaculizado* por Taré, el anciano (Génesis 11:32)

Fue *acosado* por Lot, el hombre mundano (Génesis 13:7)

Fue *apresurado* por Sara, la carne (Génesis 16:2)

Salió: "Yahveh había dicho a Abram: Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tus padres" (Génesis 12:1). Era una repetición de su llamada inicial a abandonar Mesopotamia. El Señor "le llamó a él solo" (Isaías 51:2). La salvación es una transacción personal. El camino de la fe requiere una comunión íntima e individual con Dios.

Los hombres de Dios son probados. Abraham fue probado con las RICAS de Sodoma (Génesis 14:23), José - para REGIR su propia pasión, Moisés - con la REBELIÓN en el campamento, David - en su hora de RELAJACIÓN y Pedro - en cuanto a la REPROCHE de Cristo. Nunca se conoce verdaderamente a un hombre o a una mujer hasta que se le prueba de verdad. R.C.Chapman dijo que antes de la salvación tenía miedo de morir: después de la salvación tenía miedo de vivir. ¿Nos quedamos en las neblinosas tierras bajas de la incredulidad o nos elevamos a las altas cumbres de la fe? ¿Remamos en los pantanos de la despreocupación o nos lanzamos a depender de Dios? Esta cercanía a Dios se desarrolla en nuestra vida de oración. Necesitamos hombres que prediquen; necesitamos hombres y mujeres que oren. Conoce a Dios por ti mismo, Su Persona, Poder, Promesas y Propósitos. Esta es la clave para progresar en el Camino de la Fe.

A menudo es un camino solitario y siempre costoso. "Lot se fue con él" (Génesis 12:4). Lot se fue con el hombre que se fue con Dios. Lot acabó abandonando la vida en la tienda y se instaló en una casa en Sodoma, (Génesis 19:2). ¿Nuestra vida cristiana es de segunda mano, nos limitamos a acompañar a otros, en la asamblea eres sólo un pasajero?

Descendió: En tiempo de hambre, "descendió Abram a Egipto para morar allí" (Génesis 12:10). Tuvo tres deserciones cuando parecía perder de vista las promesas. Dijo: "Me matarán" (Génesis 12,12). ¿Cómo iban a matarle si aún no había nacido la "simiente" que Dios había prometido tantas veces?

Subió: "Abram subió de Egipto" (Génesis 13:1). Subió a "Betel" (Génesis 13:3 - la Casa de Dios). Volvió al lugar donde todo había salido mal. El fracaso no tiene por qué ser definitivo. Con demasiada frecuencia los santos se van y no vuelven. Cuando el arrepentimiento y la confesión son evidentes, Dios perdonará y restaurará.

Y continuó: "Levántate, recorre la tierra a lo largo y a lo ancho, porque yo te la daré" (Génesis 13:17). "El cananeo estaba entonces en la tierra" (Génesis 12:6). "El cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra" (Génesis 13:7). La oposición se había duplicado. En el capítulo 13, también leemos por primera vez sobre "contiendas" y "hermanos" (Génesis 13:8). El primer problema tratado en Corinto son las contiendas (1 Corintios 1:11). La división permite al enemigo fortalecerse.

Abraham, el Amigo de Dios era:-

UN HOMBRE DE FE - Salió pero no sabía a dónde (Hebreos 11:8). Creía que Dios concedería la descendencia prometida, pero no sabía cómo (Hechos 7:5). Estaba dispuesto a ofrecer a Isaac, pero no sabía por qué (Hebreos 11:17).

UN HOMBRE DE SEPARACIÓN - Dios hizo muchas promesas sobre lo que le daría a Abram, sin embargo, pasó la mayor parte de su vida renunciando a cosas. Renunció a Ur (mundo), a Taré (su padre, Hechos 7:4), a Lot (hombre mundano), a Ismael (hombre carnal), a Isaac (su único hijo, Génesis 22:2) e incluso se separó de su amada Sara ("Abraham vino a llorar por Sara y a llorarla" Génesis 23:2). Todos los que vivan en la fe siguiendo el ejemplo más grande de Jesucristo, el Hijo de David, el Hijo de Abraham, encontrarán que es una vida humilde de separación y negación de sí mismo.

UN HOMBRE DE PUREZA - En la energía de la carne, produjo a Ismael, (Génesis 16:16). En Génesis 17:5 Dios cambió su nombre por el de Abraham, padre de muchas naciones y le dio la señal de la circuncisión de la carne para verificar la alianza eterna (Génesis 17:13).

UN HOMBRE HUMILDE - "Se inclinó hacia el suelo" (Génesis 18:2); "Abraham se postró sobre su rostro" (Génesis 17:17); "Que no soy más que polvo y ceniza" (Génesis 18:27). Dios nos levantará si nos abajamos lo suficiente. Mantente bajo si deseas crecer", es un consejo espiritual.

UN HOMBRE DE GOBIERNO - Dios dijo "Porque yo lo conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio" (Génesis 18:19). Qué diferencia con la familia de Lot. Sara podía llamar "señor" a Abraham, como él llamó "Señor" a Dios cuatro veces (Génesis 18:27-32). En la Biblia, sólo vemos atisbos de la vida de los grandes hombres cuando aparecen en público. Dios conocía la vida hogareña del "Amigo de Dios". Cuando Abraham estaba oculto a la vista del público las cosas iban bien ante Dios en casa.

UN HOMBRE PRÍNCIPE - Dios prometió darle la tierra y, sin embargo, durante cien años, pasó sin poseer nada de ella, excepto un lugar de enterramiento para su querida esposa. Para ello pesó el precio: "Cuatrocientos siclos de plata, dinero corriente con el mercader" (Génesis 23:16). Cuando el hombre de fe, los paganos de la tierra testificaron y dijeron: "Tú eres un poderoso príncipe entre nosotros" (Génesis 23:6). "Y Abraham se puso en camino, siguiendo adelante..." (Génesis 12:9). Lo consideraremos en los siguientes lugares:-

MOREH "Y pasó Abram por la tierra hasta el lugar de Siquem (Sicar, Juan 4), hasta la llanura (encinas) de Moreh" (Génesis 12:6). "Y edificó allí un altar a Yahveh" (v7); "Y se trasladó de allí a un monte al este de Betel, y acampó" (v8). Durante cien años, de setenta y cinco a ciento setenta y cinco, la tienda de pelo de camello de Abram fue registrada por la tormenta y la arena. Separado de su familia y de su patria: atravesó la tierra; costeó su camino con su fiel Sara a su lado; concertó el matrimonio de su hijo para preservarlo de los paganos; no hubo cimientos en su tienda; lo único que construyó fueron altares.

MAMRE "Entonces Abram quitó su tienda, y vino y habitó en la llanura de Mamre (gordura), que está en Hebrón (comunió), y edificó allí un altar a Jehová" (Génesis 13:18). Había *fe* en su andar, *gordura* en su alma, *comunió* con Dios y *fragancia* en su adoración. Su altar subía (alabanza), su pozo bajaba (provisión), su tienda era para seguir adelante (como peregrino).

MORIAH "Vete a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto" (Génesis 22:2). Cuando sus esperanzas eran grandes, después de veinticinco años de espera, ahora se le había concedido la simiente prometida.

Estaba familiarizado con la voz de Dios. La disciplina forja el carácter. La cercanía a Dios es muy costosa. Ahora debe entrar en los pensamientos de Dios en cuanto a ofrecer sacrificios humanos. Dios miró a través de los largos corredores del tiempo, vio, "El lugar lejano", Dios, "No escatimó a su propio Hijo" (Romanos 8:32). "El amigo de Dios", debe caminar un peregrinaje solitario. Abraham salió de las *relaciones* de su vida anterior (Hebreos 11:9). Renunció *al derecho* de primera elección (Génesis 13:9). *Rechazó* las riquezas de Sodoma (Génesis 14:23) y se afligió al echar a la esclava y a su hijo (Génesis 21:10-11). Finalmente, "el que había recibido las promesas ofreció a su hijo unigénito" (Hebreos 11:17). A Abraham sólo le quedaban Dios y la Palabra de Dios.

Aprendió que el Bendecidor (Dios) era mayor que la bendición (la semilla). "Abraham se levantó de madrugada". Esto fue un SALIR A LO INEXPLORADO. UN IR HACIA LO INEXPLORADO. UN SUBIR A LO INESPERADO. Dios le dijo QUIÉN ("tu único hijo, Isaac"), QUÉ ("un holocausto"), DÓNDE ("Moriah"), CUÁNDO ("el tercer día"). Un día, una noche, un día, una noche, "el tercer día". Fue un largo viaje, pero Dios nunca le dijo POR QUÉ. Las pruebas son la asignación del querido pueblo de Dios. Las pruebas son a menudo inesperadas. Los problemas llegan de repente. En el Calvario se preguntó: "¿Por qué, qué mal ha hecho?". (Lucas 23:22). En la cruz, el Señor mismo preguntó: "¿Por qué... a mí?" (Salmo 22:1).

"Y Abraham llamó el nombre de aquel lugar Jehová Jireh" (Dios verá, Dios proveerá - Newberry) (Génesis 22:14). En prisión, Pablo dijo: "Pero mi Dios suplirá todo lo que os falta (proveerá, satisfará toda necesidad vuestra) conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús" (Filipenses 4:19). La paz de Dios es mejor que saber el porqué. Dios quería a Abraham, su fe, su corazón, más que su mayor bendición, su único hijo. Este es el último registro, el punto más alto, de Dios hablando directamente a Abraham.

MACHPELAH "Abraham enterró a Sara su mujer en la cueva del campo de Machpelah" (Génesis 23:19). El camino de la fe lo llevó por la encina de Moreh, la llanura de Mamre, la montaña de Moriah. Ahora lo vemos en MACHPELAH - que significa "doble, el lugar de las dos puertas". Abraham creía que había una puerta de entrada y otra de salida; una entrada y una salida de la muerte. Abraham creía en la resurrección. Ofreció a Isaac, "convencido de que Dios podía resucitarlo de entre los muertos" (Hebreos 11:19). Sara había sido su fiel esposa, compartiendo su tienda de peregrino mientras recorrían juntos el camino. Murió a los ciento veintisiete años. Ahora él se queda solo. "Abraham vino a lamentarse por Sara y a llorar por ella". Este es el primer registro de un hombre llorando. La resurrección pondrá fin a todas las penas.

Nosotros "no nos entristecemos como los otros que no tienen esperanza" (1Tes. 4:13).

Dios se complace en ser llamado "El Dios de Abraham" (Mateo 22:32), "El amigo de Dios" (Santiago 2:23). El Peregrino Princesco ha pasado camino de su patria más allá de las estrellas. "Porque esperaba una ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (Hebreos 11:10).

La Doctrina de Cristo

H. C. G. Moule

(de "La Cruz y el Espíritu", comentario a Gálatas)

¿Qué nos dice la Epístola sobre el bendito Nombre de nuestro Señor Jesucristo? Observamos en primer lugar el hecho general de que el Nombre aparece en todas partes. La Epístola contiene 149 versículos. En ellos hay al menos 45 menciones explícitas de nuestro Señor Jesús; es decir, una cada tres o cuatro versículos por término medio. Y estas cifras dan una impresión imperfecta, porque muchas de las menciones son tales que no sólo marcan puntos, sino que cubren superficies, extendiéndose en afirmaciones sobre el Señor que pueden subdividirse a su vez en otras. Sólo esto es noblemente significativo, esta ubicuidad de Cristo en la textura de la Epístola. Y no necesito recordarles cuán característica es, no sólo de la Epístola a los Gálatas, sino de las Escrituras del Nuevo Testamento en general. Al leerlas con esa sugerencia en nuestras mentes, recibiremos una impresión cada vez más profunda de que el cristianismo es, de hecho, Jesucristo; el Señor es Su propio Evangelio; tema incluso más que Maestro.

Entrando en detalles, encontramos aquí algunos indicios, y los encontramos más plenamente en muchos otros lugares de las Epístolas, de la biografía humana del Señor. Lo encontramos (4:4), "cuando vino la plenitud de los tiempos" -cuando había llegado la ocasión ideal, predicha y preparada, y fue "enviado" por el Padre, evidentemente desde una gloria preexistente- lo encontramos "haciéndose, naciendo, de mujer". He aquí una alusión que ciertamente no nos informa por sí misma de la virginidad de Su sagrada Madre, pero que con igual certeza encaja con ella. Y la siguiente frase, "venido a estar bajo la ley", indica no sólo su filiación humana, sino también israelita; como, por supuesto, lo hace también 3:16, donde Cristo es la "simiente de Abraham"; así también, 3:29, "si sois de Cristo, simiente de Abraham sois". Esto, sin embargo, es un punto casi superfluo, pues ya está obviamente implícito en el propio término "Cristo". Luego tenemos repetidas alusiones al hecho de Su Muerte; esa palabra tan familiar para nosotros que nosotros, y nuestros oyentes, con demasiada frecuencia no nos damos

cuenta de su misterio y gloria permanentes. Ciertamente, ningún Evangelio *a priori* e imaginario, que concibiera, si pudiera hacerlo, una santa Encarnación, habría hecho que la gran secuela de esa Encarnación fuera, no una vida de espléndidos y omnipotentes logros, sino una muerte de violencia, vergüenza y angustia indescriptible. Sin embargo, esto es precisamente lo que hace el verdadero Evangelio. Nos niega totalmente el permiso para contemplar la Encarnación fuera de la referencia espiritual, en su primer aspecto, a la Cruz y la Pasión. Así que aquí tenemos al Señor encarnado muriendo (2:2): "Si por la ley es la justicia, por nada *murió* Cristo". Y Su muerte es crucifixión: (2:20); "He sido clavado en la *Cruz* con Cristo"; (5:11), "el tropiezo de la *Cruz*"; 6. 12, "persecución con referencia a la *Cruz* de Cristo"; (6:14), "exultación en la *Cruz* de nuestro Señor Jesucristo, por medio de la cual (o, de quien) a mí me ha sido crucificado el mundo, y yo he sido crucificado al mundo." Luego, consecuente a la Muerte, está la Resurrección; (1:1), "Dios Padre le resucitó de entre los muertos": (2:20) "Cristo en mí vive".

Un detalle de Su biografía parece insignificante en sí mismo, pero tiene una importancia múltiple cuando lo consideramos. Incidentalmente, en una declaración puramente narrativa de su propia acción, San Pablo menciona haber visto (1:19) a "Santiago, el hermano del Señor". Es una mención tan simple y natural como si hubiera dicho: "Vi a Timoteo" o "Vi a Sergio Paulo". Pero pensemos por un momento en lo que sugiere; la actualidad y la absoluta realidad de la biografía humana del Cristo. Para no discutir ahora la cuestión de cuál era la "hermandad" entre Santiago y el Señor, se trataba de *una* relación puramente humana, ya fuera de sangre o de convención, que bien podría haber subsistido entre otros dos hombres palestinos. Como tal, la alusión nos lleva mucho más allá de la gama natural del mito y la leyenda; nos coloca de inmediato donde podemos mantener relaciones con personas que no sólo fueron contemporáneas de Jesús, sino que compartieron un hogar con Él, y fueron clasificadas y jerarquizadas con Él en la vida humana. Colocado inmediatamente al lado de las alusiones al lado eterno y divino de Su existencia, ¡qué sorprendente es esto! Como veremos inmediatamente, San Pablo vierte, a lo largo de toda la Epístola, alusiones a esta misma Persona que le asignan, por decirlo suavemente, un carácter y un poder sobrehumanos. De pasada y naturalmente habla de Él como, concurrentemente con el Padre Eterno, enviando "gracia y paz" sobre el alma humana; como siendo el último y más íntimo secreto de toda vida espiritual para el mundo. Y, sin embargo, no era más que el Hermano de Santiago. ¿No podemos decir con razonable confianza, con una fe que siente los hechos bajo sus pasos, que esta asombrosa collocación, tan calmada, tan no excitada, tan no forzada, una parte de

ella expresada en el mismo tono de hecho que la otra, sólo puede ser explicada por los hechos? ¿No es esto totalmente distinto de la manera de inventar, consciente o inconscientemente? Escrito treinta años después de la Crucifixión (¡y qué luminosa es una retrospectiva de treinta años para un hombre de mediana edad!), esta referencia a la familia de Nazaret, hecha sin esfuerzo, en el mismo aliento con referencias adoradoras a las operaciones divinas y prerrogativas de un Miembro de esa familia, da material para muchos pensamientos agradecidos y tranquilizadores.

Pero pasemos ahora más directamente a las afirmaciones del aspecto sobrehumano, divino, de Jesucristo y de Su obra. En primer lugar, encontramos que es más que un hombre: pues (1:1) Pablo es "apóstol *no* por medio de *hombres*, sino por medio de Jesucristo". De nuevo (1:12), Pablo recibió y fue enseñado "su Evangelio" *no* como "transmitido *por el hombre*, sino por la revelación de Jesucristo", es decir, como el contexto nos asegura, por medio de una revelación de la verdad efectuada por Jesucristo. Más explícitamente aún, lo encontramos "el Hijo de Dios", y así designado en conexiones que nos justifican plenamente al decir que la frase implica una Filiación que significa parte y lote en la Naturaleza eterna: 1:15, "Quiso Dios manifestar en mí a su Hijo", como un misterio que necesita que la Mano Infinita levante su velo y lo haga resplandecer en las profundidades del alma humana para su salvación. De nuevo, 2:20, "Lo que vivo en la carne, lo vivo, bajo la condición y el entorno de, mi fe en, mi confianza en, el Hijo de Dios". De nuevo, 4:4, "Dios envió" (como desde lo recóndito de la Presencia eterna) "a Su Hijo, hecho de mujer". Así que ante nosotros brilla esa luz hermosa y maravillosa del Evangelio, la filiación eterna de Aquel que también nació de mujer. No es sólo (si "sólo" puede decirse reverentemente en tal conexión) que DIOS se hace hombre; es el HIJO de Dios. Y las palabras llevan consigo, notemos, no sólo un anuncio de maravilla y gloria, sino una penetración en el corazón mismo del amor divino. No sé si a otros les sucede lo mismo que a mí, pero debo confesar por mí mismo, con humilde agradecimiento, un poder peculiar sobre la fe y el amor en esta palabra, "el Hijo de Dios", cuando la medito en relación con la cuestión de la salvación personal. Conlleva, para el pecador creyente, una garantía suprema de bienvenida al corazón del PADRE. Me revela algo del amor interno de Dios por Dios, y luego me transmite, en Cristo encarnado, sacrificado y glorificado, nada menos que ese mismo amor. Yo soy en el Hijo; ¿qué no debo ser para el Padre?

Este gran Hijo de Dios aparece en la Epístola en el ejercicio de muchas funciones. Es el Maestro autocrático de Su seguidor; Pablo es "siervo de Cristo" (1:10); "lleva en su cuerpo la marca servil del Señor Jesús"; las cicatrices de la persecución le muestran que no es un héroe autosuficiente, sino la propiedad

comprada de su Redentor (6:17). Los discípulos de Cristo son "suyos", le pertenecen: "Si sois de Cristo" (3:29): "Los que son de Cristo" (3:24). Por otra parte, Él es tal para ellos que, como hemos visto, siendo sus siervos son también, igualmente, maravillosamente, hijos de Dios en Él el Hijo: 3:26, "Todos vosotros sois hijos de Dios por medio de vuestra fe en Cristo Jesús": 4:4, 5, "Dios envió a Su Hijo para que obtuviéramos (como nuestra porción prevista), nuestra adopción filial". Y 4:7, "Así que ya no eres siervo, sino hijo, y si hijo, heredero". Tan maravilloso es Cristo que sus redimidos no sólo están en su posesión o bajo su protección, sino que están "en Él", palabras que significan una unión profunda y vital, ilustrada en otros lugares por la imagen de la Cabeza y los Miembros, que aquí sólo está implícita. Las Iglesias de Judea están "en Cristo" (1:2). Todos los creyentes son "uno", como si se tratara de una *personalidad* compuesta, porque su Cabeza es una (3:28). "En Él" es la esfera en la que actúa la fe por medio del amor (v. 6). Los que son bautizados en Su nombre están "revestidos de Él", envueltos en Él (3:27). "En Él" reside nuestra justificación (2:17), tanto como decir, debemos estar en Él para obtener la aceptación que Él ha ganado para nosotros. "En Él" Sus siervos tienen una libertad sagrada (2:4).

Y toda esta bendición para nosotros nos ha sido ganada carísimamente por Aquel en quien tan ricamente hemos de disfrutarla. Por toda la Epístola, como ya hemos visto en parte, corre esta línea roja de la Pasión expiatoria y redentora (1:4): "Se entregó a sí mismo como sacrificio por nuestros pecados para sacarnos de este siglo tan malo". Él nos eleva, por así decirlo, por encima de sus garras, de modo que estamos en él y no en él, guardados de su mal, al tiempo que capacitados frente a él para caminar con Dios; libres en la profunda paz del perdón que Él ha ganado, y en el poder interior del Espíritu que también es nuestro porque Él murió para derramar sobre nosotros el don de Pentecostés. ¿Disfrutaríamos de esa vida de emancipación, y viviríamos "en la carne" (2:20) aún como "sacados del mundo tan malo"? Debe ser por fe en Él, no como aparece en *cualquiera* de Sus características, sino especialmente en *esto*: que "me amó y se entregó a sí mismo por mí" (2:20). ¿Podríamos estimar correctamente lo terrible y el amor de su obra agonizante? Debemos recordar que cuando murió (3:13), "Cristo nos libró de la maldición, de la sentencia de muerte, de la ley, convirtiéndose en maldición por nosotros" (tremendas palabras, que habrían sido denunciadas como una parodia de la verdad si no se encontraran como un hecho en las Escrituras); "porque escrito está: Maldito todo el que es colgado en un madero". Nada menos que esto era la condición precedente para que recibiéramos la bendición de Abraham, y la promesa del Espíritu.

Observamos, por cierto, cuán inconsciente es la Escritura de la repugnancia de algunos de sus intérpretes a la llamada "teoría comercial de la salvación". San Pablo utiliza aquí dos veces las palabras traducidas "Él compró" (3:14, 4:5). Para él, la obra agonizante del Señor en expiación y satisfacción es tal, que desde un gran punto de vista no sólo *puede*, sino que *debe*, ser imaginada por las transacciones del mercado; el pago por parte de Él de una contraprestación infinitamente valiosa para que nosotros, totalmente por esa causa, podamos ser liberados. Y la parte a la que aquí se paga la contraprestación es sin duda la Ley, violada por nosotros, satisfecha por Él por nosotros. En otras palabras, el misterio de Su Pasión y Muerte se refería a las terribles exigencias de la Santidad eterna con sus mandamientos categóricos. Trató con ellos de tal manera que nosotros, por causa de esa Pasión, y sólo por causa de ella en la esfera de la justicia legal, encontramos relajado el agarre del arresto y la esclavitud de la Ley sobre nosotros, y salimos libres.

No olvidemos además que las imágenes apuntan por su otro lado a esa esclavitud sagrada que es la única libertad perfecta. Porque, ¿qué dice? No: "Nos liberó" (como en efecto lo hizo), sino: "Nos compró". Nuestra liberación se efectúa de tal manera que por el acto mismo somos adquiridos, apropiados, poseídos. "No sois vuestros, porque habéis sido comprados a título oneroso". "Vivamos, pues, o muramos, *somos* del Señor".

Este proceso de nuestra liberación por el Hijo de Dios se nos presenta, de nuevo, en esta Epístola como nuestra Justificación. Véase 2. 16, "Sabido que el hombre no obtiene la justificación como consecuencia de las obras de la ley, sino sólo por medio de la fe en Jesucristo, también nosotros hemos creído en Jesucristo, para que seamos justificados como consecuencia de la fe en Cristo. . . Pero si, buscando ser justificados en Cristo, etc.". Y otra vez, 3: 11: "Que en la ley nadie obtiene justificación ante Dios, es evidente; porque 'El justo a consecuencia de la fe vivirá'. "Y de nuevo, 3: 24: "La ley fue nuestro paedagogus hasta Cristo, para que fuésemos justificados en consecuencia de la fe." Y de nuevo, 5: 4: "Os desligasteis de Cristo, los que os justificáis por la ley; de la gracia caísteis. Porque nosotros, por el Espíritu, en consecuencia de la fe, esperamos la esperanza de la justicia." Si entiendo bien estas últimas palabras, significan que estamos esperando, con una expectativa segura y cierta, la gloria futura, como el resultado de la "justicia", es decir, de nuestra aceptación por causa de Cristo, nuestra justificación en Él. Por supuesto, en esta interpretación tengo en cuenta el amplio contexto del lenguaje de San Pablo en otros lugares, especialmente en la Epístola Romana (véase, *por ejemplo*, Rom. 3:21-24). Pero creo que esto es suficiente para asegurar la interpretación, en vista

del contexto de Gálatas 5:5. *Él está pensando aquí no en nuestra condición, sino en la de nosotros mismos.* Él está pensando aquí no en nuestra condición, sino en nuestra posición; el Señor ganó para Su pueblo esta maravillosa "extradición" a Él, de bajo la maldición de la Ley, a la sonrisa y el sol de la reconciliación con el Legislador. Allí están, Su propiedad comprada, Su mucho más que amnistiados, Su bienvenidos y aclamados, miembros y hermanos; abrazados por Su causa, y en unión con Su persona (véase 2:17). Y estando allí, en el suelo donde la confianza penitente es su punto de apoyo, miran hacia arriba desde allí, y, en la misma confianza, ven la Puerta Hermosa desde las Colinas Deleitosas, regocijándose, como los justificados, en "esperanza" de gloria. Porque "a los que justificó, a éstos también glorificó".

Es casi innecesario señalar que, al igual que en los discursos más extensos de Romanos, en estas líneas más breves, tenemos la palabra *dikaion* utilizada en su única referencia apropiada. Tiene que ver con la ley, y el tribunal, y una sentencia que proclama que la ley está satisfecha, y que el acusado es aceptado por el Legislador. "Justificar" es una palabra (necesitamos continuamente recordar esto y explicarlo) no de condición interna sino de posición relativa. No denota nuestra enmienda o limpieza subjetiva, en la región de la voluntad, sino nuestra absolución objetiva, en la región de la ley. Sólo que la absolución es más que absolución, pues es acogida, es aceptación. Tan completa y magnífica es la razón por la cual, la causa procuradora, el precio pagado, la gloria del Sustituto Portador del Pecado, que la sentencia de la ley, por labios del Legislador, sobre aquellos que (considerados en sí mismos) merecían sólo su "maldición", no es meramente: "Puedes irte". Es: "Debes venir". Es una bienvenida a los abrazos del Juez, y a la adopción en Su maravilloso hogar.

Muy instructiva, por cierto, es la manera en que en esta Epístola las dos concepciones de Justificación y Adopción nunca se confunden, sino que se colocan y tratan en relación viva. Perfectamente separables en la idea, están profundamente conectadas en el hecho espiritual. Y su *nexo* es nuestro Señor Jesucristo, y nuestra unión con Él por la fe. Él es a la vez el Hijo de Dios y el Portador del Pecado por el hombre. Y el beneficio para nosotros de Sus dos caracteres es apropiado y realizado por la fe. Y la eficacia revelada de la fe es que nos pone en unión con Él, en todo lo que Él es para nosotros. Como somos culpables, nos pone en unión con Aquel que ha satisfecho perfectamente la Ley eterna como nuestro Representante. Pero nosotros también somos extranjeros, y Él también es el Hijo amado. Por tanto, también nos une a Él en filiación. Y así, la alianza que recibe del Juez el don de su más que absolución, recibe también, en el mismo acto, del Padre, el don de su adopción en filiación.

Sólo necesito señalar brevemente la importancia práctica de las palabras "fe" y "creer" en toda esta conexión. Ciertamente, su gran idea sobresaliente es la confianza, la seguridad, el tomar la palabra del digno de confianza. Todo el sentido de la epístola va en esa dirección, por no hablar ahora de la amplia prueba de tal referencia por el propio uso que hace nuestro Señor, siempre, de las *palabras pistis y pisteuein* en el sentido de confianza personal. Desde un punto de vista, pues, la "fe" es la cosa más sencilla del mundo; y feliz el alma que se acuerda de ella y actúa en consecuencia, en la vida y en la muerte. Desde otros puntos de vista es la cosa más profunda y preñada del mundo. Tal como la ejerce un pecador en vista de su Redentor crucificado y glorificado, ¿qué no connota? Es por su mismo acto una confesión de autocondenación y autoabandono; y es por su mismo acto una confesión de la gloria y la suficiencia total de Jesucristo. Repudia totalmente todo mérito moral en sí mismo. Por su propia naturaleza, la fe mira hacia fuera y se olvida de sí misma; está ocupada con su Objeto. La salvación por la fe es la salvación enteramente por Cristo en quien se confía.

Para concluir esta sección de nuestros Estudios, observo de pasada un detalle o dos en la doctrina del Apóstol sobre Cristo.

v. 1, "Cristo nos hizo libres"; Él es el Libertador obviamente de la esclavitud de la condenación, la esclavitud interna de los no perdonados y alienados. Por otra parte, Él es el Legislador; 6:2, "Cumplid la ley de Cristo". Su libertad es, por otro lado, orden y lealtad; Sus libertos son también, desde el punto de vista de Su bendita voluntad y derechos, Sus súbditos, sí, Sus siervos. Sólo que Su ley es ahora no sólo el precepto categórico, sino el poder formativo.

Por último, 4:19: "Hasta que Cristo tome forma en vosotros". Aquí hay poder formativo en verdad; y no es una abstracción sino una Persona. Este Cristo maravilloso, tan absolutamente Uno en Sí mismo, tan multifacético en Su función para nosotros, aparece aquí como viviendo y moviéndose en Su discípulo, quien por otra parte vive y se mueve en Él. Él es "Cristo, que es nuestra vida". Y el desarrollo moral y espiritual del cristiano se expresa en consecuencia en este maravilloso término, del desarrollo de Cristo en él. El Morador está allí, y como si creciera en Su morada, y la

llena más y más. Y así la morada plástica toma Su forma. "La vida de Jesús se manifiesta en la carne mortal".

DISTINCIONES ENTRE EL CUERPO DE CRISTO Y LA ASAMBLEA LOCAL

La Iglesia que es su Cuerpo

1. Una entidad mística
2. Ningún testimonio exterior en la tierra
3. Ningún miembro puede ser separado
4. Género no reconocido
5. No se ve afectado por Satanás
6. Plena unidad en el Cuerpo
7. Nunca puede ser profanado
8. Nunca puede dejar de existir
9. Existe por toda la eternidad después de la creación
10. Nunca todos juntos hasta el rapto
11. Recibido por Dios para entrar
12. El Señor la conserva intachable
13. La predicación pública no es su función
14. El Señor la cuida
15. Sin aptitud personal para entrar en ella
16. Nunca sin salvación en él

La Iglesia local

- Una entidad física
- Todo testimonio exterior en la tierra
- Cualquiera puede tener que ser "apartado"
- Género claramente reconocido
- Puede ser afectado por Satanás
- Puede estar marcada por divisiones
- Puede ser profanado
- Puede dejar de existir
- Deja de existir en el rapto
- Todos deben reunirse regularmente
- Recibido por la asamblea para entrar
- Los hermanos procuran conservarla
- La predicación pública es una de sus funciones
- Los hombres responsables deben cuidarlo
- Sano en vida y doctrina para entrar
- Puede no ser salvo en ella

IMPORTANCIA DE COMPRENDER ESTAS DISTINCIONES

1. Salvo confusión en la interpretación: ¿Cómo podríamos interpretar textos como
¿Matt. 18: 16-17 o Ap. 1:4,2:5 etc.?
2. Evitar la confusión en la aplicación: ¡Hablando de la iglesia perseguida de China o etc.!
3. Evitar la confusión en la recepción: ¿Reciben las asambleas en la comunión sobre la base de estar en el cuerpo único? ¿O sobre la base de una comunión genuina?
4. Sin Confusión en la Disciplina: ¿Cómo podría llevarse a cabo la verdad de la disciplina sin estas distinciones? I Cor. 5:13, Mat. 18:15-20

IMPORTANCIA DE LA ASAMBLEA LOCAL PARA:

1. Propósitos de Dios: Glorificación del Señor Jesucristo
 Despliegue del orden divino en la Jefatura
 Crecimiento y desarrollo espiritual de los santos
2. Bendición de Sus Santos: Seguridad—I Cor. 5: 5, 12-13
 Fortaleza—I Cor. 14:3,31; I Tes. 3:8
 Seguridad—I Tes. 4:9
3. Lecciones para los ángeles: I Cor. 11:10, Ef. 3:10

ALGUNOS PROPÓSITOS PARA LA IGLESIA (CUERPO Y/O ASAMBLEA LOCAL)

Hechos 15:13-18

1. Tener un cuerpo compuesto por aquellos que reconocen la grandeza de Cristo a través de las Revelaciones Divinas
Mateo 16:13-16, Hechos 8:37 (confesión del eunuco)
2. Tener compañías de creyentes confesándole en Adoración, Reconocimiento Práctico del Señorío, Testimonio
Mt. 16:16, 18:20, 1 Co. 1:3, Hch. 9:14, 2 Co. 1:23, 2 Ti. 2:22, 1 Pe. 1:17
3. Mostrar el Poder de Dios para sostener y preservar a pesar de la oposición de Satanás.
Mateo 16:18, 28:18-20
4. Proporcionar una esfera donde la autoridad Divina pueda ser reconocida y llevada a cabo en las condiciones rebeldes de la tierra. Mateo 16:19, 18:19
5. Ser un medio por el cual Dios despliega Su múltiple Sabiduría y Gracia
Ef. 3:6-10
6. Proporcionar un lugar para la Fraternidad Cristiana y la Función del Sacerdocio Corporativo
"sacerdocio" implica adoración, dar gracias, alabanza, toda función hacia el Señor
7. Ser un instrumento para promover el trabajo misionero para alcanzar a los perdidos.
Hechos 13:1-4. Todo ejercicio misionero/evangélico en el NT se encuentra en comunión con la asamblea local.